

vidian en tres partes, una para los pobres, otra para la conservación de las iglesias y culto divino, y otra para el clero. S. Crodegando, obispo de Metz, en el siglo VIII, en la regla que prescribe á los canónigos regulares, quiere que el sacerdote á quien se diere alguna cosa por celebrar la misa, administrar los sacramentos ó cantar los salmos ó himnos, no lo reciba sino á título de *limosna*.

Tal fué siempre el espíritu de la Iglesia: los regalos que se le hicieron, los bienes que recibió por donación, y las fundaciones con que se ha enriquecido, son miradas como *limosnas*, cuyos ecónomos, dispensadores y no propietarios, son sus ministros. Es preciso, sin embargo, distinguir entre un sueldo, una subsistencia concedida á título de servicio, y una pura *limosna*. V. CASUAL, PIÉ DE ALTAR.

En nuestro siglo calculador se sostiene con *gravedad* que la *limosna* no es un rigoroso precepto. ¿Qué significa, pues, la sentencia de Jesucristo contra los réprobos, porque no dieron *limosna*? Añaden que produce males que bienes, porque fomenta la holgazanería de los pobres. Esta pretension sería perdonable, si todos los pobres pudiesen trabajar; pero los enfermos, los viejos, las mujeres embarazadas ó paridas, las que están cargadas de hijos, los fatuos, los niños, los impedidos, los pasajeros sorprendidos por una necesidad imprevista, etc. no deben ser condenados á morir de hambre. Es una falsa política el proveer de pretextos á los ricos para endurecer sus corazones hácia los trabajos de los infelices. Si los pobres abusan de la *limosna*, los ricos abusan mucho mas de su riqueza. Veinte pobres socorridos sin tener verdadera necesidad, son mucho menor inconveniente que un solo pobre reducido á perecer por la dureza de los ricos. Si siempre que se ofrece el hacer una buena obra se hubiera de disertar sobre los abusos é inconvenientes que de ella pueden sobrevenir, nunca se haría ninguna. Es de temer que el desaparecer la *limosna* sea el último fruto de la filosofía reinante. V. CÁRIDAD, FUNDACIONES, HOSPITAL.

« Dar de comer, dice S. Agustin, al que tiene hambre, de beber al que tiene sed, vestir al desnudo, dar posada al pasajero, refugiar á un fugitivo, visitar á un enfermo ó un preso, rescatar un esclavo, sostener á un débil, guiar á un ciego, consolar á un afligido, curar á un herido, enseñar el camino al que se pierde, dar un consejo al que lo necesita y el alimento á un pobre, no son las únicas especies de *limosna*, sino perdonar al

que peca ó corregir cuando hay autoridad para ello, olvidar la injuria que se recibió, pidiendo á Dios que le dispense favores al que se la hizo; estas son obras de misericordia que se pueden mirar como *limosnas*. » *Lib. de Fide, Spe et Charit., cap. 72, núm. 19.*

* **Limosnería.** Oficio claustral, cuyo titular debe tener cuidado de dar limosnas á los pobres de la renta afectada con este objeto.

Los monjes de los primeros tiempos daban á los pobres, no solo lo que recibían de los fieles, sino también el precio de su trabajo. El estado religioso, incompatible con las posesiones y con las riquezas, ha hecho siempre independientemente de los cánones una ley de esta costumbre á los sucesores de estos monjes, cuando tienen mas de lo que necesitan. Se la ha seguido también en los monasterios de S. Benito, se ha hecho en ellos también el objeto de un oficio claustral, llamado *limosnería*, cuyo titular estaba obligado á distribuir las limosnas á los pobres. Este cargo llegó á ser, consecuencia de la relajación, beneficio, como todos los demás; mas en las congregaciones reformadas se han suprimido las *limosnerías* para reunir su renta á la mesa conventual.

Se daban otras veces en Francia, como en los demás reinos, limosnas en las puertas de la mayor parte de las abadías; habia para esto unos fondos reservados; el abad, que tenia su administración, daba cierta suma á los religiosos ó al limosnero del monasterio para distribuirla á los pobres; mas como estas limosnas en las puertas de las abadías servían de pretexto á cuadrillas de vagabundos y gentes sin profesion, muchos decretos del consejo habian prohibido la distribución de estas limosnas en las puertas de estas abadías, y habian ordenado que los fondos ó sumas destinadas á estas limosnas serian dadas á los hospitales de las ciudades mas cercanas de las abadías, para alimentar á los pobres de los lugares. Estas limosnas, distribuidas á los pobres ó dadas á los hospitales para socorrerlos, han cesado con la destrucción de las abadías.

Liturgia. Palabra griega *λεϊτουργία*, que en el sentido gramatical significa *obra, funcion, ministerio, público*; se compone de *λεϊτος*, que significa público, y de *εργον*, que significa *accion, obra*. Una vez que esta palabra se dedicó principalmente á significar el culto divino y sus ceremonias, es mas natural derivarla de la palabra *λεϊται*, que notamos en Hesiquio, en lugar de la palabra *λεϊται*, *oraciones, súplicas*, votos dirigidos á la Divinidad, de

donde salió el verbo latino *litare*, que significa *orar, sacrificar*.

Hablando en propiedad, la *liturgia* no es otra cosa que el culto que se da públicamente á la Divinidad, y por consiguiente tan antiguo como la religion, porque es una de las primeras lecciones que Dios se dignó dar al hombre al tiempo de su creación. En la misma historia de la creación se dice que Dios bendijo y santificó el séptimo día. *Génes., II, 2 y 3*; por consiguiente le dedicó á su culto, y sin duda no dejó ignorar á nuestros primeros padres el modo con que quería ser honrado. Nosotros hemos hablado bastante del culto que tributaron á Dios los judíos y patriarcas. Véase CULTO, JUDAÍSMO, LEYES, CEREMONIALES, etc. Debemos, pues, ocuparnos solamente de la *liturgia* cristiana ó del culto divino instituido por Jesucristo y por los apóstoles.

Este divino Redentor; que vino al mundo á enseñar á los hombres á que adorasen á Dios en espíritu y en verdad, debió hacer que cesase el culto grosero de los judíos, pero no por eso suprimió todas las ceremonias, como quieren algunos disertadores. Instituyó muchas, y despues de su ascension envió al Espíritu Santo sobre sus apóstoles, para enseñarles toda verdad, y hacerles comprender perfectamente todo lo que les habia dicho su divino Maestro. *Evang. de S. Juan, XIV, 26, XVI, 13*. Siguiéron, pues, exactamente sus intenciones, arreglando el culto divino. S. Pablo asegura á los corintios que recibió del Señor todo lo que les dijo respecto á la consagración de la Eucaristía. *Epíst. 1.ª á los Corint., XI, 23*.

La consagración de la Eucaristía es lo que se llama propiamente *liturgia*, porque es la parte mas augusta del servicio divino. Trataremos de las demás partes del oficio eclesiástico en su nombre particular.

Ya en el Apocalipsis de S. Juan vemos el cuadro de una *liturgia* pomposa. Refiere una vision que tuvo el domingo, en cuyo día se congregaban los fieles para celebrar los santos misterios. *Apocal., I, 10*. El Apóstol pinta efectivamente una junta en que preside un pontífice venerable sentado sobre un trono, y rodeado de veinte y cuatro ancianos ó sacerdotes, *IV, 2, y 4*. Nosotros vemos allí vestidos sacerdotales, túnicas blancas, cingulos y coronas, instrumentos del culto divino, un altar, candeleros, incensarios y un libro cerrado. *Ibid., V, 1*. Allí se habla de himnos, de cánticos, y de un manantial de agua que da la vida, *V, 11 y 12*; *VII, 17*: delante del trono, y en medio de los sacerdotes está un cordero

en forma de víctima, á quien se tributan los honores de la Divinidad. Luego este es un sacrificio en que está Jesucristo presente: si está en forma de víctima, es preciso también que sea él el pontífice principal, *V, 6, 11, y 12*. Debajo del altar están los mártires que piden que sea vengada su sangre; *VI, 9 y 10*. Sabemos que la primitiva Iglesia acostumbraba ofrecer los santos misterios sobre el sepulcro y las reliquias de los mártires. Un ángel presenta á Dios el incienso, y se dice que es el emblema de las oraciones de los santos ó de los fieles, *VIII, 2*. Fleury, *Costumb. de los crist., núm. 39*.

Como interesa á los protestantes persuadir de que en los tres primeros siglos de la Iglesia no se dió ningun culto religioso á la Eucaristía, á los ángeles, á los santos, ni á las reliquias de los mártires, conocieron las consecuencias que podían sacarse contra ellos de este cuadro, y trataron de tergiversarlas. Dicen que el Apocalipsis es una vision y no una historia, que el altar, el trono y las demás cosas que vió S. Juan estaban en el cielo y no en la tierra. Pero si se compara este cuadro con lo que dice S. Ignacio en sus *Cartas*, respecto al modo con que el obispo debe consagrar la Eucaristía en medio de los sacerdotes y de los diáconos, lo que se refiere en las actas de su martirio y del de S. Policarpo en orden al uso de reunirse los fieles sobre el sepulcro y las reliquias de los mártires, y la narración que hace S. Justino de lo que pasaba en las juntas de los cristianos, *Apolog. 1, núm. 65* y siguientes, se verá que en el siglo II y poco despues de la muerte de S. Juan se celebraba exactamente sobre la tierra lo que este apóstol habia visto en el cielo. Bingham, *Orig. ecles., I, 13, c. 2, § 1*, confiesa que en el *cap. 8* del Apocalipsis está figurada la Iglesia de los cristianos en el cielo y sobre la tierra: en esto fué de mejor fe que los demás protestantes.

Así, una de dos, ó S. Juan representó la gloria eterna bajo la imagen de la *liturgia* de los cristianos, ó esta *liturgia* fué arreglada por el plan trazado por este evangelista: en ambos casos se verifica que viene de tradición apostólica. Así lo supone S. Ireneo, *Adv. Hær., I, 4, c. 17, n. 5; c. 18, núm. 6*, y esto no puede ser de otra manera. ¿Quién pudiera tener autoridad para hacer que todas las Iglesias recibiesen una *liturgia* uniforme, si los apóstoles no hubiesen trazado su modelo? Cuando nosotros comparamos esta *liturgia* apostólica por la explicación que de ella hizo S. Cirilo de Jerusalem en sus *Catéchesis*, el año 347 ó 348, con la *liturgia* de las constituciones

apostólicas, anterior el año 390, y con las otras *liturgias* escritas á principios del siglo V, hallamos entre ellas una conformidad tan perfecta, que no podemos resistirnos á confesar que son de un mismo origen.

Por mas que digan los protestantes y los incrédulos que no hacen otra cosa que copiarlos, esta *liturgia apostólica* no es como ellos pretenden: en ella no se ve la extremada sencillez que ellos se precian de imitar con la suya: se halla tambien en ella muy distinta doctrina. La probaremos por menor.

Se figuraron que en los primeros siglos cada obispo podia arreglar á su gusto la *liturgia* de su Iglesia: falsa suposición. Despues que el Salvador subió á los cielos, permanecieron los apóstoles reunidos en Jesusalen por espacio de catorce años antes de dispersarse para ir á predicar el Evangelio. Eusebio, *Hist. ecclés.*, lib. 5, al fin del cap. 18. Por consiguiente tuvieron una fórmula fija y uniforme, y no hay razon para creer que la variasen al tiempo de separarse. Hay, pues, motivos suficientes para pensar que la *liturgia* de Santiago que se seguía en la Iglesia de Jerusalem, era la que habian establecido los apóstoles. ¿Quién hubiera tenido atrevimiento para reformar lo que habian arreglado estos santos fundadores del cristianismo?

Nosotros no debemos aprender de los protestantes lo que debemos pensar de las *liturgias* que siguieron las diferentes Iglesias de Oriente ó de Occidente; si son auténticas ó supuestas; qué grado de autoridad se les debe atribuir, ni qué consecuencia se pueden sacar de ellas; estamos en la precision de buscar estas luces en otra parte.

Hasta el siglo XVII se habian ocupado poco los sabios en el trabajo de hacer indagaciones sobre estas *liturgias*: los teólogos rara vez habian echado mano de ellas para probar la doctrina cristiana; pero cuando los protestantes tuvieron la temeridad de asegurar que las sectas de los cristianos orientales, separadas de la Iglesia romana por mas de doce siglos, tenían la misma creencia que ellos sobre la Eucaristía, sobre la invocación de los santos, sobre la oración por los muertos, etc., fué preciso examinar los monumentos de la fe de todas estas sectas, y particularmente sus *liturgias*. Esto es lo que hicieron los autores de la *Perpétuité de la Foi*, singularmente en los tomos 4 y 5: el abate Renaudot publicó despues una gran colección muy extensa de las *liturgias orientales* en 2 tom. en 4º con notas, y un sabio prefacio. En 1680 publicó en Roma el carde-

nal Tomasio *los antiguos sacramentarios de la Iglesia romana*, de donde sacó el P. Mabillon la *liturgia galicana* en 1685, que imprimió despues de haberla confrontado con un manuscrito del siglo VI, y con otros dos misales antiguos. Ya en 1640 habia publicado el P. Menardo el *Sacramentario de S. Gregorio* con notas muy sábias, y se imprimió poco despues un misal muzárabe. El P. Le Brun reunió todas estas *liturgias*, y otras que no habia podido proporcionarse el abate Renaudot: las cotejó unas con otras, y las comparó con las de los protestantes; de modo que nada nos falta para poder juzgar de todos estos diferentes monumentos con pleno conocimiento de causa. V. *Explicat. des cérém. de la messe*, tom. 3 y siguientes.

Para dar un poco de orden á esta discusión, examinaremos: 1º la antigüedad y autoridad de las *liturgias* en general; 2º hablaremos particularmente de las de los coftos ó cristianos del Egipto, á las que se deben referir las de los abisinios ó cristianos de Etiopia; 3º de las *liturgias* siríacas, seguidas así por los sirios católicos, llamados *maronitas*, como por los jacobitas ó eutiquianos; 4º de las de los nestorianos y armenios; 5º de las *liturgias* griegas; 6º de las de los latinos, seguidas por las iglesias de Roma, de Milan, de las Galias y de España; 7º veremos las consecuencias que resultan de la comparación de todos estos monumentos; 8º echaremos una ojeada sobre las *liturgias* de los protestantes.

I. *De la antigüedad y autoridad de las liturgias*. El padre Le Brun prueba muy bien que no se escribió ninguna *liturgia* hasta el siglo V, excepto la que vemos en las *Constituciones apostólicas*, y que es por lo menos del año 390. Sin embargo, no se debe inferir de esto, como lo hicieron los protestantes y otros, que las *liturgias* que llevan los nombres de S. Márcos, de Santiago, de S. Pedro, etc. son apócrifas y sin autoridad. Las mismas razones que prueban que la *liturgia* no se escribió al principio, prueban tambien que fué cuidadosamente conservada por tradición en cada Iglesia, y fielmente transmitida por los obispos á los que elevaban al sacerdocio. Este era un misterio ó un secreto que se queria ocultar á los paganos, y que los pastores se confiaban mutuamente; aprendían de memoria las oraciones y las ceremonias; esto era tanto mas fácil, cuanto estas eran prácticas de un uso diario: pero estaban persuadidos de que no era lícito cambiar ni variar en ellas.

Los santos PP. nos hacen evidente esta ins-

trucción tradicional; su fidelidad en guardar este depósito se prueba por la conformidad que se nota en el fondo entre las *liturgias* de las diferentes iglesias del mundo, cuando fueron publicadas por escrito. El estilo de las oraciones suele ser diferente, el sentido siempre el mismo, y hay bien poca variedad en el orden de las ceremonias. En todas se hallan las mismas partes, la lectura de trozos del antiguo y nuevo Testamento, la instrucción de que era seguida, la oblación de los dones sagrados hecha por el sacerdote, el prefacio de exhortación, el *sanctus*, la oración por vivos y muertos, la consagración hecha diciendo las palabras de Jesucristo, la invocación sobre los dones sagrados, la adoración y fracción de la hostia, el beso de paz, la oración dominical, la comunión, la acción de gracias y la bendición del sacerdote. Tal es la marcha casi uniforme de las *liturgias*, así en Oriente como en Occidente: ¿esta semejanza pudiera hallarse en ellas si los que las redactaron hubieran seguido cada uno su gusto en el modo de arreglarlas? Reuniendo lo que dijeron los santos PP. de los cuatro primeros siglos, vemos que las *liturgias* en su tiempo eran iguales á las que se pusieron por escrito en el siglo V.

Muchas sectas conservaron la *liturgia* como antes de su cisma, cuando se separaron de la Iglesia católica, y ni siquiera se atrevieron á tocarla. Tal era la persuasión en que estaban de que esta operación era un atentado: durante los cuatro primeros siglos, ninguno tuvo esta temeridad. Nestorio fué el primero á quien se acusa de ella. *Leont. Bysant. cont. Nest. et Eutyech.*, lib. 3. Sin duda es esta una de las razones que convencieron de la necesidad de escribir las *liturgias*. Desde aquel momento no fué posible alterarlas sin excitar la reclamación de los fieles, porque entonces estaban en lengua vulgar.

Bingham quiso engañar, sosteniendo que en los primeros siglos cada obispo tenía libertad para componer una *liturgia* para su Iglesia, y arreglar el culto divino como les pareciese. *Orig. ecclés.*, lib. 2, cap. 6, § 2; lib. 13, cap. 5, § 1. Para probar esta pretendida libertad, no bastaba alegar cualquiera lijera diversidad entre las *liturgias*, porque él mismo confesaba que se les hacían algunas adiciones de tiempo en tiempo: hubiera sido mucho mayor la variedad, si cada obispo se hubiera creído con derecho para arreglarlas á su modo. ¿Quién es capaz de creer que los fieles acostumbrados á oír la misma *liturgia* durante todo el episcopado de un

santo obispo, habian de sufrir con facilidad que la variase su sucesor? Estuvieron muy propensos algunas veces á amotinarse por motivos de menos gravedad.

Los protestantes se equivocaron, pues, mucho cuando dijeron que las *liturgias* conocidas con los nombres de S. Márcos, de Santiago ú otro apóstol son supuestas; que no fueron escritas hasta muchos siglos despues de la muerte de los que les dan sus nombres. ¿Qué importa la fecha de su redacción por escrito, si desde los apóstoles las usaron íntegras muchas iglesias? Era natural llamar *liturgia de S. Pedro*, la que se usaba en la Iglesia de Antioquia; *liturgia de san Márcos*, la que se practicaba en Alejandria; *liturgia de Santiago*, la de Jerusalem; *liturgia de S. Juan Crisóstomo*, la de Constantinopla, y así de las demás. No por eso pretendían que habian sido escritas por estos diversos personajes, sino que venían de ellos por tradición; y nos parece que en esta materia merece mucho respeto la tradición de una Iglesia entera.

Sin duda pudieron añadirse de tiempo en tiempo en las *liturgias* algunas palabras destinadas á profesar mas claramente la fe de la Iglesia contra los herejes, como la palabra *consustancial* despues del concilio de Nicea, y el título de *Madre de Dios* que damos á nuestra Señora despues del concilio Efesino. Esto prueba que la *liturgia* fué siempre una profesión de fe; pero se sabe con qué ocasión, y por qué motivo se hicieron estas adiciones, y no se hallan en todas las *liturgias*; pero en todas, sin excepcion, se hallan las oraciones y ceremonias que sirven para expresar los dogmas refutados por los protestantes.

Por lo mismo no hay necesidad de discurrir sobre lo auténtico de estos monumentos como sobre la obra particular de cualquiera de los santos PP.; ningun escrito de esta última especie fué tomado de memoria y recitado diariamente por los fieles en las iglesias, como las *liturgias*.

La autenticidad de estas se prueba bastante por su uniformidad: no fué preciso buscarlas en los manuscritos esparcidos por las bibliotecas, sino en los archivos de las iglesias que las seguían. Es extraño que unos sabios, por otra parte muy respetables, no hiciesen esta reflexión y cayesen en el mismo engaño ó error que los protestantes. Véase la *Hist. de la Acad. de las Inscripc.*, t. 13, en 12º, p. 163.

El grado de autoridad de las *liturgias* es muy diferente del de todos los demás escritos de otra clase: cualquiera que sea su nombre,

menos importa la obra de tal autor que el monumento de la creencia y de la práctica de una Iglesia entera: este tiene la autoridad, no solo de un personaje santo, cualquiera que sea, sino también la sanción pública de una sociedad numerosa de pastores y de fieles, que se sirvieron de él mutua y constantemente. Así, las *liturgias griegas* de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo no solo tienen todo el peso que merecen estos dos santos doctores, sino también el sufragio de las iglesias griegas que las siguieron, y aun en el día las observan. Las iglesias nunca se hubieran adherido al uso de las *liturgias*, si no hubieran reconocido la expresión fiel de su creencia. Al contrario, la *liturgia* que se inserta en las *Constituciones apostólicas* no es casi de ninguna autoridad, por más que fuese la primera que se escribió, porque no se conoce ninguna iglesia que la hubiese usado.

Aun cuando fuesen sólidos los argumentos de Dailé contra las obras de los santos PP. no harían ninguna fuerza respecto á las *liturgias*. En ellas suena la voz del rebaño unida con la del pastor; es todo un pueblo que, con la forma de su culto y las expresiones de su piedad, da testimonio de su creencia, que habían recibido de los apóstoles las más de las iglesias antiguas. Jamás estuvo ninguna sin *liturgia*, ni fué tan insensata que expresase con sus palabras y acciones una doctrina que no había creído, ó que miraba como un error. Las *liturgias* de los orientales prueban con tanta evidencia su fe, como las de los protestantes su doctrina.

Si se nota alguna ambigüedad en el lenguaje de las oraciones, explican las ceremonias su sentido, y estos dos signos reunidos tienen una fuerza y una energía muy superior á la de las simples palabras. Aun cuando las de la consagración, *este es mi cuerpo*, fuesen equívocas, la invocación del Espíritu Santo, por la cual se pide la conversión de los dones eucarísticos en cuerpo y sangre de Jesucristo, la elevación y adoración de la hostia, y la costumbre de llevar la Eucaristía á los ausentes, serían bastante para asegurar la presencia real de una manera invencible.

Bien convencidos de esta verdad los protestantes, por haber alterado el dogma, se vieron precisados á suprimir las ceremonias, porque conocieron que serían una condenación demasiado visible de su doctrina.

Estos monumentos de la fe de la Iglesia se opusieron á los herejes, para convencerlos, desde los primeros siglos. Según el testimonio de Eusebio en su *Hist. ecles.*, l. 5, c. 28, un autor del siglo II, para refutar á Artemon,

que pretendía que Jesucristo era un puro hombre, le citaba los cánticos compuestos por los fieles desde el principio, con los cuales alababan á Jesucristo como Dios. Pablo de Samosata, que pensaba como Artemon, mandó suprimir estos cánticos en su iglesia. *Ibid.*, l. 7, c. 30. Sabemos por Teodoreto que Arrio cambió la doxología que se canta al fin de los salmos, porque contrariaba á su error, y hubiera querido cambiar también las palabras de la forma del bautismo; pero no se atrevió á tanto. Teodoreto, *Hæret. Fab.*, l. 4, cap. 1.

En el siglo V probaba S. Agustín contra los pelagianos la existencia del pecado original por los exorcismos del bautismo; la necesidad de la gracia y la predestinación por las oraciones de la Iglesia. *Epist.* 95, 217, etc. El papa S. Celestino proponía esta regla escribiendo á los obispos de las Galias: «Atendamos, dice, al sentido de las oraciones sacerdotales, que recibidas por los apóstoles por tradición en todo el mundo, se usan uniformemente en toda la Iglesia católica, y aprendamos lo que debemos creer por el modo con que debemos orar.»

De este modo aseguraba este pontífice la autenticidad y autoridad de las *liturgias*, que no se disminuyó con el trascurso de mil doscientos años, y será la misma hasta el fin de los siglos.

II. De las *liturgias de los coptos*. Por una tradición constante sabemos que la Iglesia de Alejandría, capital del Egipto, fué fundada por S. Marcos; y no se puede dudar que estableció allí una especie de *liturgia* este santo evangelista. Se conservó como en las demás partes por tradición hasta el siglo V; según la opinión común, fué S. Cirilo de Alejandría quien entonces la redactó, poniendo por escrito la *liturgia* de su iglesia. La escribió en griego, cuya lengua se hablaba entonces en Egipto: por eso se llamó indiferentemente *liturgia de S. Marcos* y *liturgia de S. Cirilo*. Como muchos del Egipto no entendían el griego y hablaban solamente el copto, parece que en el siglo V se había introducido ya en aquel reino la costumbre de celebrar el oficio divino en copto ó en griego, y que la *liturgia* griega de S. Cirilo se puso también en copto para el uso de los naturales del país.

Cuando Dióscoro, sucesor de S. Cirilo, partidario de Eutiques y condenado en el concilio de Calcedonia, se separó de la Iglesia católica el año de 451, atrajo á su cisma la mayor parte de los naturales de Egipto. Estos cismáticos continuaron celebrando en copto, mientras los griegos de Egipto, unidos á la

fe católica y al concilio de Calcedonia, conservaron el uso de la lengua griega en el servicio divino. Esta diversidad duró casi doscientos años, y hasta el de 660, en que los mahometanos se hicieron dueños del Egipto. Entonces fueron perseguidos los griegos egipcios por su fidelidad á los emperadores de Constantinopla, y los coptos cismáticos, que habían favorecido la conquista de los mahometanos, pudieron alcanzar de estos el libre ejercicio de su religión, y le conservaron hasta nuestros días. V. COPTOS.

Tienen tres *liturgias*: una que llaman de S. Cirilo, y es la misma en su fondo que la que acabamos de explicar; otra la de S. Basilio, y la tercera la de S. Gregorio de Nacianzo por sobrenombre el *Teólogo*. En estas dos últimas, los coptos eutiquianos ó jacobitas colocaron antes de la comunión una confesión de fe conforme á su error; pero no tocaron á la de S. Cirilo, llamada también de S. Marcos. El abate Renaudot no solo la tradujo del copto, sino que también la confrontó con el texto griego, del cual fué sacada originalmente.

No se puede dudar que era la *liturgia* que se usaba en la iglesia de Alejandría en el siglo V antes del cisma de Dióscoro, porque los católicos continuaron usándola después de verificado el cisma. El P. Le Brun así lo refiere: no se halla en ella ningún error, sino una perfecta conformidad con la creencia católica sobre todos los puntos en disputa con los protestantes. ¿Qué fundamento habrá para decir que esta *liturgia* de S. Marcos es un papel apócrifo, suplantado y sin ninguna autoridad? En las otras dos *liturgias* nada se ve cambiado ni añadido sino la profesión del eutiquianismo. Aunque el árabe se hizo la lengua vulgar del Egipto, los coptos siguieron celebrando en copto, aunque apenas entienden ya este idioma.

Como los abisinios ó cristianos de Etiopía fueron convertidos á la fe de los patriarcas de Alejandría y quedaron bajo su jurisdicción, se adhirieron al cisma y en él perseveraron. Además de las tres *liturgias* que acabamos de mencionar, tienen otras nueve: lo cual parece que prueba que había en Egipto en otro tiempo hasta el número de doce, aunque su fondo y plan es el mismo: todas fueron traducidas á la lengua de Etiopía. A excepción del eutiquianismo, que se halla expresado en muchas de ellas, nada contienen contrario á la fe católica; y es contra toda verdad lo que quisieron persuadir Ludolf, La Croze y algunos otros, que la creencia de los abisinios es más conforme á la de los pro-

testantes que á la de la Iglesia romana: lo contrario se prueba evidentemente, ya por su *liturgia*, que publicó el abate Renaudot con el título de *Canon universus Æthiopum*, ya por lo que lleva el nombre de Dióscoro y que refiere el P. Le Brun, t. 4, p. 564, V. ERIOPES.

III. *Liturgias de los sirios*. Después de la condenación de Eutiques en el concilio de Calcedonia, sucedió en Siria casi lo mismo que en Egipto: este heresiarca encontró allí muchos partidarios, y hubo también entre ellos diferentes cismas y muchas disputas con los católicos. Sus contrarios llamaron á estos últimos *melquitas*, es decir *realistas*, porque seguían la creencia del emperador; empero unos y otros conservaron en siríaco la misma *liturgia* que antes tuvieron.

Se llamaba vulgarmente *liturgia de Santiago*, porque se seguía en Jerusalén y en todas las iglesias siríacas del patriarcado de Antioquía. No se puede dudar de la antigüedad de esta *liturgia* confrontándola con la quinta *catequesis mistagógica* de S. Cirilo de Jerusalén. El año 347 ó 348 explicaba este santo obispo á los nuevos bautizados la parte principal, que comienza en la oblación, y sigue exactamente el orden del sacrificio. Probablemente en el siglo V fué por primera vez escrita en griego, porque en el siríaco conserva muchas palabras griegas. Añade la palabra *consustancial* adoptada por el concilio de Nicea, y en ella se da el nombre de *Madre de Dios* á nuestra Señora, según lo mandado en el concilio Efesino. No se infiere de aquí que antes de esta adición fuese desconocida esta *liturgia*.

El año 692, los PP. del concilio in Trullo la citan con el nombre de Santiago, para refutar el error de los armenios, que no echaban agua en el cáliz. En el siglo IX, quiso Carlos el Calvo ver celebrar la misa según la *liturgia de Santiago* usada en Jerusalén. *Epist. ad cler. Ravennat.* Nunca dudaron los orientales que efectivamente viene de Santiago. Después, cuando los patriarcas de Constantinopla se vieron con bastante crédito para hacer suprimir dentro de los límites de su imperio todas las *liturgias*, á excepción de las de S. Basilio y de S. Juan Crisóstomo, tuvieron sin embargo que permitir que las iglesias de Siria usasen de la de Santiago, al menos en los días festivos. Por consiguiente tienen toda la autenticidad que la autoridad de las Iglesias puede dar al más célebre monumento.

En vano Rivet y otros protestantes quisieron atacarla por la adición que hemos mencionado, y por el trisagio que no principió, según ellos, hasta fin del siglo V. Pero estos

críticos confunden el trisagio sacado de la Sagrada Escritura con la fórmula *Agios ó Theos*, etc., que principió á cantarse en Constantinopla en el año 446 con una adición de Pedro el Batanero, jefe de los theopasquitas, hecha en 463. Esta adición se verificó á fines del siglo V; pero el *Sanctus ó trisagio*, de la liturgia se sacó del Apocalipsis. Es ridículo además suponer que las iglesias no pudieron añadir á sus oraciones las fórmulas necesarias para testificar su fe contra los herejes, cuando ellos mismos querían hacer otro tanto para profesar sus errores, ó que estas adiciones, siempre notadas, derogaran la autenticidad de las *liturgias*.

La de Santiago nos ofrece un argumento invencible contra los protestantes, porque en ella se encuentra la profesion clara y expresa de los dogmas que se atrevieron á tachar de novedad, y las ceremonias que vituperan en la Iglesia romana como prácticas supersticiosas: la presencia real y la transustanciación, la palabra *sacrificio*, la fracción de la hostia, las incensaciones, la oración por los muertos, la invocación de los santos, etc. Los sirios eutiquianos ó jacobitas no insertaron en ella su error; los ortodoxos y herejes conservaron igual respeto á este monumento apostólico.

La *liturgia* de S. Basilio fué también traducida al siríaco por las iglesias de Siria, y se cuentan cerca de cuarenta *liturgias* para su uso, aunque no varían sino en las oraciones, como entre nosotros las colectas y otras oraciones de la misa con relación á las diferentes fiestas: la *liturgia* de Santiago, que contiene todo el orden de la misa, es la más común entre los sirios, y sirvió de modelo para todas las demás, de cuya verdad podemos convencernos por su confrontación.

IV. De la *liturgia* de los nestorianos y de la de los armenios. Cuando Nestorio fué condenado por el concilio de Éfeso en el año 431, se dispersaron sus partidarios por la Mesopotamia y la Persia, y formaron en aquellos países un sinnúmero de iglesias que ordinariamente se llamaron *caldeas*. Continuaron usando de la *liturgia* siríaca, y la llevaron á todas las regiones donde se establecieron, incluso la India y costas del Malabar, donde aun se mantienen con el nombre de cristianos de santo Tomás. Su misal contiene tres *liturgias*: la primera titulada *de los apóstoles*, la segunda de Teodoro el intérprete, y la tercera de Nestorio. La tradujo el abate Renaudot, y observa que la primera es la antigua *liturgia* de las iglesias de Siria, anterior á Nestorio, y que es como el cánon universal á que se remiten las otras dos: el P. Le Brun la cotejó con la

que usaban los nestorianos del Malabar, antes que los portugueses corrigieran su misal, que son los que trabajaron en su conversión. Así no se puede dudar de la antigüedad de esta *liturgia*, que no se distingue de la de los sirios en cosa esencial.

La Croze, en su *Hist. del Cristianismo de las Indias*, se atrevió á decir que los nestorianos no creían la presencia real, ni la transustanciación, y que ignoraban la doctrina del purgatorio, etc.: el P. Le Brun prueba lo contrario, no solo por su *liturgia*, sino también por otros monumentos de su creencia, t. 6, p. 417 y siguientes. Debían haberlo mirado más de cerca los que se dejaron seducir por el tono de confianza de La Croze. V. NESTORIANOS, SANTO TOMÁS.

En cuanto á los armenios, el año 525 cayeron en el error de Eutiques, seducidos por Jacobo Baradeo ó Zánzalo, de donde vino el nombre de jacobitas, y se separaron de la Iglesia católica. Muchos de ellos se reunieron á esta en diferentes tiempos; pero su cisma no se pudo extinguir del todo. S. Gregorio el Iluminador fué quien los convirtió á la verdadera fe en el siglo IV, y este había sido instruido en el Evangelio en Cesarea de Capadocia, de cuyas iglesias, y de todas las de Armenia, tomó el cuidado S. Basilio, obispo de dicha ciudad: por esta razón se piensa que recibieron al principio la *liturgia* griega de S. Basilio, igualmente que adoptaron su regla los monjes armenios. No se les acusa de haberla alterado después de su cisma, aunque admitieron la adición que hizo al trisagio Pedro el Batanero el año de 463, y omiten el echar agua en el cáliz, de cuya omisión los acusa el concilio in Trullo el año de 692.

El abate Renaudot no pudo adquirir la *liturgia* original de los armenios cismáticos; pero el P. Le Brun proporcionó una traducción latina auténtica que publicó, é insertó en su quinto tomo, p. 52 y siguientes, con grandes notas. En ella se ve expresada la confesión de la presencia real, la transustanciación, la elevación y adoración de la hostia, la invocación de los santos, y la oración por los muertos, etc. Además, se prueba por títulos innegables que los armenios nunca pensaron sobre nuestros dogmas como los sectarios del siglo XVI. *Ibid.*, p. 26 y siguientes. V. ARMENIOS.

V. *Liturgias griegas*. Las dos principales que usan los griegos sujetos al patriarcado de Constantinopla, son la de san Basilio y la de S. Juan Crisóstomo. Nadie duda que S. Basilio fuese realmente autor ó redactor de la primera: en orden á la segunda, no se

atribuyó á S. Juan Crisóstomo hasta trescientos años después de su muerte, y parece que esta es la antigua *liturgia* de la Iglesia de Constantinopla, que se llamó *liturgia de los apóstoles* hasta el siglo VI. Esta se usa todo el año y contiene todo el orden de la misa; la otra tiene oraciones más largas, y solo se usa en algunos días señalados. Hay otra que se llama *misa de los presantificados*, porque en ella no se consagra, y se usa de las especies consagradas en el domingo anterior, lo mismo que se hace en la Iglesia romana en el día de Viernes Santo, en que el sacerdote no consagra, y comulga las especies consagradas en el jueves. V. PRESANTIFICADO. Las oraciones de esta misa parecen de menos antigüedad que las de las otras *liturgias*.

El P. Le Brun, t. 4, p. 384 y siguientes, refiere las oraciones y el orden de las ceremonias de la *liturgia* de S. Juan Crisóstomo, y esta es la que usan todas las iglesias griegas del imperio otomano, que dependen del patriarcado de Constantinopla, y las de Rusia y Polonia. Los griegos que tienen iglesias en Italia hicieron en ella algunas variaciones. Los patriarcas de Constantinopla consiguieron que la adoptasen también los patriarcas de Antioquia, de Jerusalén, de Alejandría, y los cristianos melquitas, que se preservaron de los errores de los eutiquianos en el siglo V. Aunque en todos estos países no se entiende el griego, no obstante siguen la *liturgia* griega; pero se ven precisados muchas veces á celebrar el árabe, porque hay pocos que sepan leer el griego.

Después que todas estas *liturgias* coftas, etiópicas, siríacas y griegas fueron publicadas, confrontadas y examinadas por los sabios de todas las naciones, y apoyadas con los mayores testimonios, ya nadie se atreve á sostener, como el ministro Claudio, que los griegos cismáticos profesan, respecto á la Eucaristía y los demás dogmas controvertidos por los protestantes, ideas y sentimientos distintos de los de la Iglesia romana.

En cuanto á la creencia de los primeros siglos, es inconcebible la tenacidad de los protestantes. Bingham, en su obra *Orig. ecles.*, verdaderamente muy sabia, lib. 15, c. 3, explica el orden de las oraciones de la *liturgia* griega, que se inserta en las *Constituciones apostólicas*, antes del año 390, lib. 8, c. 12. Refiere las palabras de la oblación, de la consagración é invocación del Espíritu Santo, en que se pide que descienda sobre este sacrificio, y haga del pan el cuerpo, y del cáliz la sangre de Jesucristo, la fórmula *sancta sanctis*, y la respuesta del pueblo: *El único*

santo es el Señor Jesucristo: bendito sea el que viene en el nombre del Señor; el que se muestra á nosotros es el mismo Dios, nuestro soberano Señor, etc. Todas estas palabras no fueron bastante para abrirle los ojos. Dice que se suplica al Espíritu Santo que cambie los dones eucarísticos, *no en cuanto á la sustancia*, sino en cuanto á la virtud y eficacia.

¿Qué significan, pues, estas palabras *bendito sea*, etc., si Jesucristo no está en realidad presente? Cuando el sacerdote ofrece al pueblo la comunión, no dice: *Esta es la virtud y eficacia de Jesucristo*, sino *este es el cuerpo de Jesucristo*, y el fiel responde *amen*, que es lo mismo que decir, *yo lo creo*. El fiel toma sin duda las palabras del sacerdote en un sentido natural, y á nadie se ofrece creer que el pan y el vino tienen la misma virtud y eficacia que el cuerpo y sangre de Jesucristo.

El sacerdote dice á Dios: « *Nosotros os ofrecemos por todos los santos que fueron agradables á vuestros ojos, por todo este pueblo*, etc. » ¿en qué sentido dice esto, si no es más que pan y vino? Si esto es el cuerpo y sangre de Jesucristo, concebimos fácilmente que se ofrecen á Dios para darle gracias por la felicidad de los santos, por el bien del pueblo, de la Iglesia, etc., y en este caso es un verdadero sacrificio. Añade el sacerdote: *Hagamos memoria de los santos mártires, para que merezcamos participar de su triunfo: ¿á qué esta memoria, sino para honrarlos y alcanzar su intercesión?* Dice también: *Roguemos por los que murieron en la fe*. Todo esto contiene la *liturgia* de Santiago, cuya antigüedad reconoce Bingham, y todas las *liturgias del mundo* contienen lo mismo.

La Iglesia romana no hace por lo tanto más que repetir en la suya las expresiones que usaba hace ya mil trescientos años. La prueba de que estas significan la presencia real, la transustanciación, la idea del sacrificio, el culto de los santos y la oración por los muertos, es que cuando los anglicanos dejaron de creer estos dogmas, abandonaron también este lenguaje: luego la Iglesia antigua tampoco le hubiera usado, si pensara como los anglicanos.

VI. De las *liturgias de Occidente*. La Iglesia latina solo conoce cuatro *liturgias* antiguas: la de Roma, la de Milan, la de las Galias y la de España. Nunca se dudó en Roma que la *liturgia* de esta Iglesia viene de S. Pedro por tradición: así lo pensaba ya en el siglo IV S. Inocencio I, *Epist. ad Decent.*, y en el VI el papa Vigilio, *Epist. ad Profut.* Pero no se debe confundir con una pretendida *liturgia* de S. Pedro que no fué conocida hasta hace